

MI MANTA LILA

Europa 60 Garcia Vicente



Capítulo 1

MI MANTA LILA

CAPITULO PRIMERO

—Despuntaba los albores de la primavera, el tiempo era agradable y soleado, cuando mi vida se deslizaba hacía un cruel invierno; mi marido me trasladaba a un sanatorio donde podría, tranquilizarme, relajarme, reencontrarme a mí misma, intentando curar mi depresión y la desazón que bullía desesperadamente dentro de mi cuerpo y mi alma.

—Por un lado partía en un estado de sabor agridulce a la vez, la determinación que acababa de tomar en favor del bienestar familiar y mío propio, allí en el sanatorio me cuidarían y tratarían mi depresión. Por otro lado mis pensamientos volaban acompañados de una sensaciones “ oscuras de miedo y agresividad ” marcadas por mi separación familiar y el despertar en un desconocido nuevo hogar.

—Entre mis dudas sonaban unas voces estridentes, incapaz de sosegarlas, nadie... me podía alentar ni responder. ¿i Qué me encontraría en aquel lugar!?. i Llevaba el miedo pegado tras mis talones!!!.

—En cuantas películas que todos hemos visto en el cine , en la televisión... , te representan a los psiquiátricos como lugares tétricos... con personajes extraños... cuidadores mortificando a los internos... ruidos extraño por las noches, gritos extramuros.... Era consciente que “yo” me convertiría en otro personaje más... dentro del entramado interno...

—Durante el viaje mi imaginación evocaba todas estas sensaciones ninguna apetecible.; “ Mi descubrimiento de las américas»

—Respiraría en una ciudad, lejos del olor a yodo y del sonido relajante... del mar. Una ciudad que nunca paso por mi mente, que algún día llegaría a conocerla, por su situación geográfica y por su escaso atractivo turístico y en una situación tan fuera de lo normal

—Mientras viajábamos en el coche y sin mediar palabra entre mi marido y yo, dibujaba en mi cerebro el paisaje cambiante que se presentaba ante mí, cada árbol, cada curva , cada espacio, la dirección de la carretera intuyéndola con imprecisión y desgana.

—Nos acercábamos a nuestro destino, “ mi destino”, después de haber recorrido casi seiscientos kilómetros, mi vista se nublaba de

cansancio de miedo..., mi nueva morada... durante un mes, un par de meses, no...sé... era pronto para saberlo.

—i Por fin, llegamos a la ciudad!, entramos por una carretera principal que nos conducía al centro de la ciudad, sin embargo mi destino me esperaba más cerca.

—Entramos en el recinto que albergaba todo el complejo, amplio con altos árboles de verde follaje, bien cuidado o eso me pareció entonces, parecía una gran villa preparada para recibirnos, incluso nos sorprendimos de lo que encontramos “ una bonita capilla” que más adelante yo descubriría siempre cerrada... a cal y canto.

—Esta aventura sin sentido tuve que iniciarla un poco forzada, puesto que en mi ciudad mi médico no se encontraba en ese momento y el psiquiatra de urgencias no quiso internarme, excusas las siguientes: cuestión camas, personal...exceso de internos.

—Todo ello nos obligó a buscar un centro privado en que pudieran tratarme y mejorar mi estado de ánimo. Llamamos a varios centros en Madrid, increíble estaban saturados!!!, las condiciones que pedíamos tampoco eran posibles, mi marido siguió buscando en otras ciudades y se decidió por la ciudad y el centro en el cual se prestaban a ofrecernos como posibles las peticiones que solicitábamos y a la vez que yo necesitaba.

—Al acceder al interior del sanatorio, fuimos recibidos por un celador que inmediatamente dio aviso por teléfono al médico de guardia, informándole de nuestra llegada.

—El Psiquiatra que acudió, me fascinó, un hombre agradable y gran atractivo personal que me animó y despejó por un momento, todos mis miedos; nos acompañó en un corto paseo por el centro y amablemente me confirmó la reserva de la habitación individual, que mi marido había solicitado.

—En la consulta leyó mis informes médicos, me hizo unas preguntas personales y quedó claro que ingresaba por petición propia y no me obligaba nadie, ya dentro del recinto donde los pacientes del sanatorio realizaban su vida diaria no se permitía la entrada a los familiares.

—Mi marido tuvo que delegar mí custodia en el médico de guardia y se marchó, con tristeza en la mirada, el viaje de vuelta era largo y teníamos a nuestras hijas en casa de los abuelos esperando la llegada de su padre, antes de irse se acercó a mi oído cariñosamente y me dijo: “Te dejo en buenas manos” y se marchó creo convencido de mi recuperación.

—En el interior reservado para los pacientes, una enfermera me condujo a la habitación y sí, era individual y con baño, como me prometió el doctor; era espaciosa la recorrí con la mirada sin moverme de la entrada, las ventanas enrejadas pintadas en blanco, me produjeron una sensación de seguridad, me acerqué al cristal de la ventana y pude ver que daba a un patio, lugar de reunión y descanso de enfermeras y celadores.

—Las normas del centro en los primeros días, a los internos no se nos permitía salir del centro, mientras valoraban nuestras situaciones psíquicas.

—No obstante “no vi nada monstruoso o alarmante”, las enfermeras y celadores eran personas jóvenes y las internas con las que me crucé mostraban un aspecto normal, aunque no era consciente de todo lo que me rodeaba, las conocería y las trataría a lo largo de mi estancia.

—Las enfermedades que intuía en las más jóvenes eran depresiones, a las personas de edad se les sumaban problemas personales...sociales, de abandono... .

—Me centré en estudiar el lugar donde discurriría mi vida, estaba dividido en dos zonas; la zona derecha ocupado para las mujeres y la zona izquierda par los hombres.

—El comedor situado en el segundo piso, era pequeño y con dos ventanas que daban al campo, cada paciente teníamos reservada la mesa y la silla con el nombre, la comida era casera, sencilla y en cantidad suficiente. Me situaron en una mesa con dos personas, una joven de pelo rizado y pelirroja, en dos días se marcharía a su casa, según me contó, había ingresado también por depresión, luego debía acudir a la consulta para su control hasta el alta definitiva, no comentamos nada más; enfrente tenía a una mujer de unos sesenta años pasados, callada con un bolso enorme... que me llamó la atención, mis observaciones en general eran positivas, sin preguntas, con respeto y en silencio.

—Al bajar del comedor te obligaban a tomar delante de ellos la medicación en unos vasitos preparados con el nombre de cada uno, en mi caso por mis apellidos, existían varias mujeres con el mismo nombre, siempre manteniendo un orden en primer lugar los hombres y luego las mujeres.

—Mi primer día no fue tan duro como me esperaba, claro que mi medicación me mantenía relajada. Sí, sí tuve momentos que pensé en

el duro trabajo que se le presentaba a mi marido en casa con las niñas.

—Como recién llegada recibí y acepté las normas que seguían los internos y me invitaron a dejar en una taquilla con mi nombre y cerrada con llave, el neceser, tijeras, colonia, pinta uñas.(si necesitabas algo, te lo daban siempre bajo vigilancia), también el móvil y en caso de usarlo, dentro de un horario ya estipulado.

—Pasé la tarde en el patio interior abierto al aire libre, estaba cansada y medio mareada, no te dejaban quedarte en la habitación, desvié mis pensamientos fijándome en un viejo pino central, visitado por cientos de palomas, unas tumbonas se repartían por el patio, elegí la posición que más me convenía a la solana de la pared manteniendo la cara al; sol la gente que me rodeaba no me daba sensación de peligro, inexplicablemente encerrada, me sentía libre y protegida a la vez y pude dormirme una siestecilla.

—Daba la sensación que nadie nos controlaba, dónde debíamos estar, ni en que nos entreteníamos, dormida en la hamaca al sol de primavera..., " realmente era una gozada..." . En días posteriores pude darme cuenta que las ventanas sin cortinas pertenecían a los despachos de enfermería.

—En la sala interior y principal una gran mesa ocupaba la parte central, allí desayunaban, comían y cenaban las personas mayores y personas jóvenes con deficiencias de estabilidad y de movimiento.

—A media tarde apareció un grupo de los internos que podían salir a pasear por la ciudad acompañados de un monitor, el cual realizaba las actividades en el centro. Venían contentos y compenetrados, eran chicos y chicas. " Una joven monísima" entre ellos me llamó la atención.

— ¿Estaría embarazada?__ .Pensé..., estaba delgada y solamente se le notaba una tripita que me pareció la normal de embarazada, fue una falsa observación, que rectificaría más adelante.

—Entre el grupo una pareja de novios, que por cierto se habían conocido allí, llevaban bastante tiempo en el sanatorio, una mujer alta y morena, elegantemente vestida, aunque precisamente no era una belleza, la observé cada día y lucía un modelito distinto, incluido, zapatos, botas, se le notaba que disfrutaba de su mundo, no buscaba compañía. El mismo sentimiento que yo

experimentaba en los primeros momentos.

—Escuchando una conversación descubrí a una jovencita; por lo visto era drogadicta tomaba metadona “los policías locales”, la habían pillado en la calle con droga, el juez le había ordenado ingresar en este centro por unos días.

—Cuando pude hablar con ella me contó su historia, quería salir de allí y volver con sus amigos, estaba lejos de su familia, no les echaba de menos para nada. Debía permanecer en el centro hasta que el juez diera el visto bueno para su traslado o la posibilidad de salir a la calle.

—El patio interior estaba separado en dos por una pared de un metro setenta con una puerta lateral, una zona era exclusiva para los hombres internados y la otra zona para las mujeres; en esta zona se encontraban las salas de juegos, allí se realizaban todo tipo de actividades, baile, pintura, charlas, ordenadores e incluso tuvimos una proyección de cine. Los internos masculinos atravesaban el patio para acudir a las actividades, siempre bajo la supervisión del monitor, aunque las actividades en sí no eran obligatorias.

—El tiempo iba pasando y llegó la hora de la cena, la misma actuación como para la comida, después la medicación y algunas internas se quedaban a ver algún programa de la televisión.

—Yo estaba cansada de las novedades del día y las nuevas experiencias solicité marcharme a mi habitación; me acompañó la auxiliar me dio las buenas noches y cerró la puerta con llave.

—Entonces me di cuenta que aquello era mi espacio solo mío y me sentí libre; mi maleta seguía encima de la cama; ordené mi ropa en el armario, (me gusta ser ordenada con mis cosas y con las cosas de los demás también), en la mesilla puse una foto, no recuerdo... una felicitación graciosa de mi ahijada animándome en mi último cumpleaños, ahijada a la que siempre he querido igual o incluso más que a mis hijas.

—Me vestí el camisón, saqué un libro para leer, no recuerdo el título, no pude leer ni una letra... me llenaba una sensación desconocida y extraña, me tapé con mi manta lila. Me dormí casi sin darme cuenta por el cansancio del día y me desperté, a media noche, desorientada y angustiada la cabeza me daba vueltas y vueltas, “tuve miedo...” y llamé al timbre, apareciendo la enfermera de noche.

¿Qué problema tienes?...hija...—.Me preguntó la enfermera Me he despertado... (le dije lloriqueando) y no puedo dormir...

¿puedes...puedes... darme alguna medicación por favor...? . .

—¿Es tu primera noche?— Sí, le contesté, he ingresado esta mañana...

—Bueno té daré una pastilla y sosiégate un poco, estamos aquí cerca si nos necesitas

—Se quedó un momento conmigo hasta tranquilizarme y me aseguró que me dormiría—.Me miró con una ligera sonrisa y volvió a encerrarme con llave.

—Tuvo razón me quedé dormida hasta la mañana.

CAPITULO SEGUNDO

—Al día siguiente, me desperté con los sonidos irritantes de los pasillos, los gritos de las limpiadoras con sus carritos de limpieza, creía haber dormido bien," ya no recordaba mis agobios nocturnos". Cuando más a gusto me encontraba tocaron a la puerta tac...tac...— ¡ Hay que levantarse!... la voz de la auxiliar.

—Me vestí lenta y pesadamente la ropa la había dejado preparada la noche anterior en una silla. Cuando salí al pasillo las limpiadoras, me saludaron o... las saludé yo a ellas, no sé...bien.

—Alcancé a ver a una mujer sentada en un banco alargado en el pasillo, esperando para subir a desayunar, me senté a su lado, podría ser de mi edad o incluso un poco más joven, yo le saludé ella me contestó con un sonido ininteligible, con la mirada clavada en las baldosas del pasillo; en unos minutos se unieron a la espera más mujeres recién salidas de sus habitaciones, formándose un grupo de caras desconocidas.

—Otras mujeres tenían preparado el desayuno en la sala principal, y después de ser aseadas en las habitaciones, serían ayudadas a desayunar por las auxiliares

—Abrieron la puerta de cristal y en fila subimos al comedor, primero los hombres y después subimos las mujeres, todos manteníamos la misma mesa del día anterior; había fruta , yogur, tostadas y café con leche, al terminar, las enfermeras nos esperaban con la medicación, preparada en vasos pequeños que teníamos que tomar delante de ellos, sin tener por nuestra parte la posibilidad de saber que estábamos tomando; quizás debido a nuestra dejadez por la enfermedad o a la absoluta confianza en nuestros médicos y

cuidadores.

—En la planta baja se terminó más tarde de desayunar y nos sentamos en las cómodas butacas, a mí me sedujo una soñolencia agradable durante unos minutos.

—Al despertarme observé que de la sala general se pasaba a otra sala más pequeña con estanterías llenas de libros, revistas y me encontré con una interna que estaba leyendo. Impulsivamente me dirigí a ella.

— ¿Te gusta leer?—. Le pregunté

— Ella respondió... levantando la cabeza y mirándome de arriba abajo...— sí, me encanta leer—.contestó, la mayoría son libros míos que he traído en otras ocasiones que he estado ingresada. ¡Puedes llevarte algún libro si te interesa!.

—Gracias—.Le respondí—.Revisaré la estantería en otro momento. Y seguí inspeccionando los baños cuando ya salía al patio me abordaron literalmente dos mujeres advirtiéndome muy serias, que no fuera a la máquina de café, porque estaba "la drogadicta" me lo dijeron en voz baja y pedía dinero a todo el mundo que se acercaba a ella. Me quedé dudando un poco ¿Qué hacer?. Decidí sacar un café de la maquina porque me apetecía y naturalmente me esperaba la chica para pedirme dinero le saque otro café, a su lado contemplando la escena unas mujeres gordas estaban fumando compulsivamente. También me pidió tabaco—No fumo —le dije. Ella me dio las gracias y desapareció

— . Días posteriores volví a encontrarme con ella en el mismo lugar.

—El animador organizaba los juegos del día, yo ni me inmuté me mantuve tumbada en mi hamaca .De pronto entraron en grupo varios médicos para pasar la visita diaria.

—Mi médico se acercó a mi tumbona.

—¿Te encuentras bien? Isabel—.Me preguntó.

—Le dirigí una sonrisa sin hablarle, me devolvió la sonrisa, encaminándose a la sala de juegos..

—Otras mujeres en el patio compartían las hamacas, sentadas y fumando, me di cuenta, que la señora del bolso grande era como una tienda ambulante, prestaba lo mismo tabaco que pañuelos, chicles etc ... y luego se quedaban un rato conversando con ella. Quizás tenía

necesidad de compañía y era una manera de atraer a las compañeras, pensé.

—Después de comer y tomar la medicación nos mandaron a la siesta. ¡Qué bien en la habitación!. Me adormilé manteniendo abierta la ventana. Mi pensamiento era pasar el resto de la tarde en la habitación con la mente en blanco.

—Cuando llamaron a la puerta, la entreabrieron, todavía dormía y oí un susurro dentro de mi habitación...

___ Señorita... la psicóloga del centro, la reclama quiere conocerla.

—Me levanté, y no tarde en vestirme, seguí a la celadora al segundo piso por un laberinto de pasillos, donde se emplazaban los despachos de los psicólogos.

—La puerta abierta me invitaba a entrar; llamé con los nudillos suavemente y oí... una voz firme y femenina—.Pase... pase... adelante.

—Desde la puerta no pude evitar fijarme en el despacho, amueblado en madera oscura ,una gran mesa central de madera maciza, bordeada de una estantería; los muebles absorbían la claridad que entraba por la ventana; la psicóloga se levantó y encendió la luz , era una mujer de edad, su tez oscura y unos ojos vivos dándole un aspecto de vitalidad, se identificó y me invitó a sentarse frente a ella, me entregó un formulario para rellenar y me preguntó sobre el motivo del ingreso.

Isabel rellenó el formulario y expresó en pocas palabras el motivo de su estancia en el sanatorio" una depresión" . La psicóloga despidió a Isabel acompañándola al primer piso citándola para el día siguiente.

Hora de la cena, repitieron el mismo ritual del mediodía, cena, medicación y televisión.

Como la noche anterior, llamó a la auxiliar para que abriera la habitación, al anochecer terminaba muy cansada, a pesar de no hacer prácticamente nada durante todo el día; acompañada por su libro y los sonidos agradables que atravesaban la ventana, se quedó gratamente dormida.

—A la misma hora de la noche anterior, me desperté bañada en sudor..., nerviosa, excitada y desorientada, rodeada de una espesa niebla; sin recordar siquiera la pesadilla causante de mi desvelo, me acurruqué en la orilla de la cama acariciando el algodónoso tacto de "

mi manta lila". Lentamente después de unos minutos, empezó a deshacerse la niebla y pude distinguir las cuatro paredes de mi habitación, fueron unos minutos... interminables, miré por la ventana; era de noche, la luna estaba creciente, entraba un airecillo fresco me recompuse y por fin encontré el timbre y llamé a la enfermera .

—No era la enfermera de la noche anterior, sin embargo al verme comprendió la situación desasosiego en que me hallaba y me dio la pastilla sin pedírsela, ¡ pastilla a la que estoy tan agradecida! y me quede dormida al segundo.

—Mañana sera otro día.

CAPITULO TERCERO

— Todavía continuaba sin salir al jardín exterior, me gustaba ir a mi habitación a escribir o leer, si pasaba desapercibida o estaban atendiendo a alguna paciente me colaba en ella; los días empezaban a ser rutinarios y tranquilos.

—Ese día conocí a una auxiliar creo que empatizamos, primero me sonreía yo acepte su sonrisa como un saludo y después se acercó para hablar conmigo.

— ¿Cuándo has ingresado?, ¿qué tal te encuentras?—.Me preguntó.

—Llevo dos días en el centro, estoy un poco nerviosa y sin embargo me siento protegida de mi misma, venía con miedo por lo que podía encontrarme aquí—.Le relaté, en pocas palabras .

— Aquí os cuidamos muy bien, ya verás tranquila—.Me lo dijo sonriendo

— Hace tiempo leí un libro del escritor Don Torcuato Luca de Tena "Dios escribe derecho en renglones torcidos " me impactó,, nunca pensé que algún día llegaría a encontrarme en una situación parecida—.Seguí hablándole aprovechando su interés por mí.

—Me quedaría charlando contigo, me esperan más pacientes, si me necesitas me buscas—.Al decirme esto me tomó la mano entre las suyas.

— Gracias, eres la primera que se ha acercado para interesarse

por mí.¿ cómo te llamas?—Casi le grité cuando se alejaba.

—Mónica—.Me contestó, cuando ya desaparecía en el interior de una habitación.

—En sus momentos libres, hablábamos, me comentaba sobre las pacientes, porqué estaban allí... si venían o no los hijos a visitarlas.

—En ese tiempo ingresaron dos chicas una casada con dos niños pequeños y otra de allí de un pueblo cercano, su aspecto era de buena persona y su físico coincidía con las caracteres de aquella zona, alta y fuerte. Nos mirábamos sin atrevernos a romper el hielo y dirigirnos la palabra.

—Mónica cuando se encontraba vigilando y atendiendo a las internas que comían en la sala, se acercaba me contaba pequeñas anécdotas divertidas; una anciana cuya ocupación era ver televisión se había adjudicado el lugar en primera fila. ! Que no le quitaran su sitio o se armaba el lio!. Mientras hablábamos de repente comenzó a reírse a carcajadas haciendo movimientos bruscos con la cabeza del mismo modo que empezó terminó y siguió inmersa mirando su programa se televisión.

—En cuestión la tal señora no tenía familia, llevaba varios años ingresada y era muy conocida y por supuesto sus reacciones ya no extrañaban a nadie, de nuevo mientras seguíamos allí se puso a llorar, un llanto desgarrador que le salía de lo más profundo de su ser, al oírla yo me quedé aterrada, las mujeres de alrededor y la auxiliar fueron a calmarla, yo fui incapaz de moverme; terminaron llevándola a la habitación, no sé..., si la medicaron, los gritos y llantos se continuaron escuchando durante buen rato.

— Precisamente era en sus escasos momentos lucidos cuando daba rienda suelta a su impotencia y desesperación, su manera de andar, sus gestos manifestaban su gran desequilibrio mental, sin familia y sola.

— Esta situación vivida en primera persona me hizo reflexionar... sobre la vida que llevamos habitualmente rutinaria, quejándonos sin motivo; debemos tener claro que solo nos tenemos a nosotros mismos, lo demás personas que nos rodean son circunstanciales.

—Por el contrario la anciana de más edad presentaba un aspecto diferente, no llegué a conocer su problema psiquico, su comportamiento era en todo momento correcto, toda una señora, comía en la sala, su ropa denotaba que alguien estaba pendiente de ella y de sus necesidades, los rasgos de su cara eran dulces y agradables, sus sobrinas la visitaban varias veces a la semana, la auxiliares también le hacían concesiones, por la mañana le llevaban el desayuno a la

habitación.

—También sentía curiosidad por una joven que hablaba con los médicos en inglés, estaba muy delgada, todos los días al terminar el desayuno daba un número determinado de vueltas a la mesa intentando mantener el equilibrio, siempre le acompañaba un cojín y una mochila pequeña, leía novelas en inglés, según descubría su comportamiento, mi interés aumentaba ¿cómo habría llegado a aquella situación? ...—Me preguntaba...con curiosidad

CAPITULO CUARTO

Isabel permanecía incomunicada de la familia tres o cuatro días y debía permanecer en el interior.

A partir del tercer día, le dieron permiso para salir al patio exterior, después de sus sesiones de psicología. El jardín exterior era más grande, rodeado de altos árboles y un pequeño lago cubierto de matas de altas hierbas. Una zona cubierta a modo de porche, al lado una máquina de bebidas con varias sillas distribuidas por el jardín.

—La primera tarde la pase disfrutando del nuevo patio, me acerqué a la capilla empujé la puerta, estaba cerrada, me enfadé sintiéndome engañada podía haber sido un calmante para los desasosiegos que me abordaban, di varios paseos alrededor del jardín y por fin me senté.

—Empezaron a llegar los compañeros , la tarde se iba refrescando y la oscuridad del anochecer se hacía evidente, sentada protegida del viento por los setos me mantuve durante unos minutos más. Me envolvía una rara tristeza al recluirme de nuevo.

—Me incorporé a la cena, mi mesa estaba completa, la silla de al lado la ocupaba una mujer conocida en el comedor por sus continuos reingreso, no paraba de hablar y zara bateaba incongruencias.

—Bajamos a la sala, me acomodé a ver la televisión, era la primera noche que me quedaba, allí nos encontramos algunas de las compañeras y nos saludamos.

—También se sumó la mujer que había reingresado ese día, escoltada por su compañera de habitación, casualmente era la primera mujer que vi sentada en el banco para ir a desayunar el día de mí ingreso, que no supe donde se había metido desde aquel día.

—Había momentos de silencio, solo se oía la televisión, la mayoría no le prestaba atención sumidas en sus pensamientos, las noches podía ser muy largas y vacías.

—Un celador atravesó el pasillo llevando del brazo a una mujer rubia, sermoneándola, diciéndole que esa noche la pasaría con ellos en el despacho, días más tarde me enteraría del porqué.

—Por hoy había visto suficiente y decidí marcharme a descansar, me abrieron la habitación y me reencontré con la Paz por lo menos de momento.

—Desde la ventana penetraba la luz del patio de enfermeras, me acomodé en la cama y comencé a leer, no quería pensar en la situación que me encontraba y me zambullí en el libro como en una piscina.

—Cuando deje el libro era bastante tarde, no se oía a las enfermeras en el patio, apagué la luz y con la claridad de la luna llena me dormí.

—Aquella mañana, me permitieron salir del sanatorio; no fui muy lejos, tenía sentimientos encontrados; por un lado quería experimentar mi salida y por otro lado sentía el desamparo y la indefensión.

—Observé la carretera a misma por la que llegamos el día del ingreso, estaba bien asfaltada con aceras anchas, estaba en obras, seguramente trabajaban en el ensanche de la ciudad.

—Volviendo a mi circunstancia debía tomar una dirección, si me decidía por el lado izquierdo llegaría al centro de la ciudad y si me decantaba por el lado derecho me sorprendió un bonito hotel, opté por acercarme a la entrada por curiosidad, donde un gran letrero anunciaba un spa y un restaurante, al darme la vuelta y enfrente al otro lado de la carretera se alzaba " un maxi chino" y un merendero al aire libre con un pequeño parque para los niños, que en ese momento estaba vacío.

—A pesar de encontrarme en un ambiente exento de opresiones y de peligro, mi sentido común me obligaba a refugiarme en mi escondite particular, volví sobre mis pasos y entre en el sanatorio y me encontré con la seguridad de la hamaca, el pino y las palomas.

—La voz cercana del animador de juegos me sacó de mi bella ensoñación.¡ Que fastidio!!!—.Pensé.

—Eh señorita—acercándose a mi lado, vamos a pintar en la sala

de juegos, anímese...

—Vale... ya iré—.Contesté con desgana.

—Tardé en levantarme, pasaron varias personas delante de mí que caminaban con dificultad agarrados de la mano, arrastraban también una discapacidad física." La vida es cruel, se ceba aumentando el dolor de las personas".

—Ese fue mi pensamiento filosófico de la mañana.

Isabel se quedó dudando, al fin de un impulsivo salto se levantó de la hamaca volcándola al suelo, ni siquiera se volvió y apareció en la sala de juegos. Ella sabía que mantenerse entretenida y conocer tanto a sus compañeros como a sus compañeras o le ayudaría a llevar una estancia más placentera, estaban allí por situaciones parecida a la suya y el compartir experiencias seguramente le ayudaría a entender porque ella debía permanecer ingresada y a aceptar que no era la única que sufría.

Entró en la sala, vio que estaban sentados formando un círculo, indistintamente, hombres y mujeres.

Le sorprendió las caras sonrientes, el monitor repartía lápices de colores y cada uno elegía un mandála para pintar

—. El aspecto del monitor tosco y bronco en su aspecto físico, lo compensaba con la amabilidad con la que trabajaba con nosotros, cambiando el concepto que me había hecho de él.

Esta se sentó en silencio, tomó los lápices de colores y se entregó por entero a dibujar y pintar; con timidez levantó los ojos y contemplo las paredes que tenía enfrente, adornadas de mándalas plastificadas con nombres, luego volvió la mirada hacia sus compañeras de comedor, que permanecían inmersa en sus tareas.

Los pacientes que acudían a diario se permitían alguna broma, al terminar la clase, el monitor fue preguntando los nombres a cada uno y los repetían en voz alta, en ese instante se abrió la puerta; entraron varios psiquiatras, fueron siguiendo el círculo y hablando con todos y cada uno de los allí sentados.

—Mi psiquiatra, me tocó suavemente en el hombro como hacía otras veces, si embargo me estremecí... a su contacto, me pregunto si me gustaba pintar y me salió un "si" que me sonó estúpido y ridículo; cuando dejaron la sala de juegos continuamos con nuestras pinturas, empezaba a encontrarme cómoda, con ganas de

participar y empatizar con mis compañeros.

—En la comida me sentía más comunicativa y habladora, después de la medicación ya en la siesta, no pude dormir recordaba “el tacto de la mano del psiquiatra en mí hombro, y se estremecía todo mi cuerpo.

—Decidí ignorar lo sucedido por medio de la lectura. “Melodía en la Toscana,” había elegido el libro, por el título, pensando que trataba un tema bucólico y de fantasía, me equivoqué de pleno trataba: “de la vida de los partisanos en la segunda guerra mundial en Italia”, me filtré entre los personajes y sus vivencias, sus miedos, sus esperanzas, sus amores, su aceptación de las incomodidades y sobre todo a la resignación de perder su mayor tesoro en cualquier momento “la vida”.

—El golpeteo rítmico en mi puerta me trasladó a mi situación real, deje el libro sobre la cama, era la psicóloga subimos al despacho calladas una detrás de la otra; cuando llegamos al despacho me comunicó con solemnidad que pronto empezarían mi tratamiento con sueroterapia. La información me dejó inquieta, ¿qué me pasaría, qué sentiría?, las dudas me invadieron y también una inevitable sensación de miedo...

—Esa noche apenas cené, me abandone a los pensamientos que me atormentaban, intente leer para alejarme de ellos fue imposible, se me ocurrió escribir sobre los que sentía en esos momentos todo lo que escribía era una mezcla sentimientos negativos que fueron directamente a la papelera.

_Al cabo de unos minutos me quedé acurrucada con la mente en blanco, como si una capa de pintura blanca como la reja de mi ventana se hubiera apoderado de mi cerebro. No recuerdo el tiempo que pude estar en esa situación en un resquicio de cordura toqué el timbre la enfermera entreabrió la puerta, se sentó a mi lado me tapó con mi manta estaba helada y con los ojos llorosos, me frotó el cuerpo con energía pidió una manzanilla por el interfono; con la manzanilla fui entrando en calor y me adormecí me supongo que con la manzanilla me hicieron tomar algún calmante; esa noche di vueltas... y más vueltas... , me acosaban miles de pensamientos negativos, medio dormida y llorando a la vez me repetía quiero dormir... solo quiero dormir... dormir... dormir... dormir...

Capítulo 2

CAPITULO QUINTO

Esa mañana mi aspecto físico “dejaba mucho que desear” me miré en el espejo del baño, las ojeras delataban la noche que acababa de sufrir. Subí las escaleras en silencio para desayunar, sin mirar a mí alrededor.

Hoy era el día que se marchaba a casa mi compañera de mesa, “la pelirroja”, y se le veía muy animada.

—Isabel—.Me dijo contenta; me voy a casa por la tarde en el tren y quiero llevarle algún regalo a mi hija hoy hay mercadillo. ¿Si quieres acompañarme?... , Así te enseño el camino y podrás ir cuando quieras.

—Me quedé pensativa...Me encontraba cansada y desanimada, por otro lado debía hacer un esfuerzo por mi bien “podía ser buena idea salir con ella”.

—Vale te acompaño—.Le contesté” sacando fuerzas de no sé dónde”.

—Nos dieron la medicación y salimos hacía el pueblo, giramos a la derecha, bajábamos una cuesta y se veían al final de la calle cantidad de puestos de ropa de todos colores, estilos , zapatos de invierno, botas con pieles ,vestidos elásticos, ropa infantil ,comida, cazadoras y ropa de cuero, nos reímos de las cosas expuestas en ciertos puestos y recorrimos casi toda las calles del mercadillo, yo solo en Benidorm había visto un mercadillo tan enorme en tamaño y en cantidad de productos. La pelirroja le compró un vestidito a su niña y por el modo como despachaba con las mujeres me dio la sensación, que se conocían de otras veces.

—Miramos algún puesto más, yo me limite a escuchar todo el griterío de las vendedoras, no compre nada; sin embargo había conseguido mi finalidad, mantenerme distraída

— La vuelta la hicimos directamente por la carretera principal y salimos al “ club de natación” ...Parecía recién estrenado con unas piscinas de un agua azul impolutas, grandes cristaleras y un gran espacio abierto donde se diferenciaban las cabinas, salón con un par de sofás, revistas para leer, una cafetería con terraza, tuve la sensación que estaba de vacaciones me pareció demasiado elegante.

—¿Tomamos un refresco?—Me preguntó la pelirroja.

—Sí sí... me apetece—.Contesté, he pasado mucho calor en el mercadillo. ¿Nos sentamos en la terraza?, el aire viene agradable.

— Sacamos las bebidas a la terraza, ella hablaba Y hablaba, quizás por el nerviosismo de marcharse a su casa y volver a ver a su familia, yo solo la escuchaba.

— Me contó, que había trabajado de enfermera en un hospital y al conocer a su marido, que era militar, decidió convalidar a enfermera militar y así poder estar juntos, a menudo le de destino, y ella no llevaba bien los cambios.

Miramos el reloj de la piscina y decidimos ir paseando hasta el sanatorio.

En la comida volví a sentirme desganada, solamente comí el postre.

Deseaba ir a mí habitación y descansar, intuía que vendrían a buscarme para comenzar con el tratamiento.

— toc...toc... sonó la puerta, me saludó Mónica, me acompañaría ella a la zona de tratamientos, eso levantó mis ánimos.

— En la sala junto al instrumental médico estaban dispuestas cuatro camas, tres estaban ya ocupadas y la cuarta era para mí, a los lados unas cortinas blancas ocultaban el resto de la sala; me acosté en la cama indicada, la enfermera me pincho una vía para el suero, no me dolió y al pasarme el suero tampoco sentí nada raro, Mónica estuvo cerca de mí y me dio una palmada en la mano, mis compañeros fueron terminando, claro yo terminé la última y esperé a Mónica que limpiara el instrumental , bajamos juntas yo súper contenta, ya había pasado el mal momento y Mónica era una joven alegre y muy cordial.

—¿Qué tal Isabel?...—Me preguntó Mónica , mirándome a los ojos.

—De momento, no...no... noto nada—.Le contesté, ya más calmada después de haber experimentado la primera sesión.

—Mejor, todavía te faltan nueve sesiones—.Me lo dijo sonriente; así que... tranquila...

—Pensé que hoy me libraría de la psicóloga, había terminado más tarde de lo normal, me equivoqué de nuevo, allí...

en las escaleras... estaba esperándome la psicóloga.

—Después de cenar, nos repartieron los móviles y pude hablar por primera vez con mi marido, me hizo ilusión y me sentí emocionada, me explico sus pequeñas aventuras con las niñas, cómo se organizaban; él y las niñas estaban bien, esperando que volviera a casa, nos despedimos con muchos besos, curiosamente en el fondo yo no quería volver a mi casa. ¡Allí me sentía libre!.

—Cuando colgué el teléfono se lo entregué al celador; en ese mismo momento apareció la joven que hablaba en inglés con los médicos. Y se dirigió hacia mí.

—¿Me ayudas por favor a marcar el número de teléfono?. Ella llamaba por la cabina —Quiero llamar a mi madre y no alcanzo el auricular.

—Si claro...—.te ayudo.

—Me dio unas monedas las introduje en el teléfono de la cabina le ayudé a sentarse en una silla, le marqué el número que tenía escrito en un papel y la dejé hablando con su madre.

—Yo en tono bajo—.Le dije: " me voy a dormir estoy cansada".

—Me hizo un gesto con la mano y me marché a buscar a la auxiliar para que abriera la puerta de mi habitación.

— El día había sido pesado, sin siesta y sin poder descansar en todo el día.

CAPITULO SÉXTO

—Por fin... en la habitación me quedé dormida nada más meterme en la cama.; pensando, que el nuevo tratamiento me había sentado bien.

—Por la noche escuché portazos, pasos por los pasillos, que me desvelaron; por lo que me senté en la cama y me puse a leer," Melodía en la Toscana"

—Mientras leía, los personajes me hicieron cavilar ... en el modo que afloran nuestras emociones en situaciones límite, como reaccionamos hombres y mujeres al amor, a la amistad, dos parámetros tan presentes entre las personas; la pasión es más intensa, la

camaradería y la sinceridad se hacen patentes entre un grupo que pasa por la misma angustiosa situación, dejan una huella profunda en cada uno, como yo descubriría más tarde en las relaciones con mis compañeras de reclusión.

—Me restregué los ojos con la mano, la luz parecía haber disminuido de potencia y no podía seguir leyendo.

—Me abandoné entre las mantas, la noche se presentaba fresca. Pensé en mi familia, me preguntaba ¿cómo estarían viviendo mi situación?, mi marido, mis hijas y sobre todo mis padres ya mayores, (a los que tanto quiero y debo). Yo en ese momento “me sentía feliz allí” no necesitaba nada y protegida del exterior, y caí en una especie de nirvana...

—Así me quedé dormida aferrada a mis últimos pensamientos y prendida al calor de mi manta lila.

—Mis sueños esta vez fueron diligentes y protectores conmigo. “Me hubiera gustado alargar por infinito esa noche”.

Isabel, dormía relajada, ayudada por la medicación que tomaba diariamente y reforzada por el suero, nunca preguntaba qué tipo de medicación le daban, confiaba plenamente que todo era por su bien y eso le bastaba.

Por otro lado su marido se mantenía en contacto telefónico con el psiquiatra que le trataba.

Era él, el que gobernaba la casa y cuidaba de sus dos hijas, pendiente de comidas y colegios, siempre con el pensamiento puesto en cómo se encontraría su mujer y sobre todo pensando en su vuelta a casa. Los padres de Isabel recibían las noticias a través de su yerno, preocupados y deseando que todo fuera un mal sueño, y que cualquier día su hija volviera recuperada con su familia.

—Hoy me levanté pronto, me duché... me esmeré en el vestido y hasta hice la cama. Cuando entró la auxiliar se quedó perpleja.

—Isabel que maravilla—. ¿Qué te ha pasado hoy?

—Ni yo misma lo sé, la energía ha entrado por la ventana, no creo que me dure mucho.

—Gracias, nos has quitado un poco de trabajo—. Quiso ser amable la celadora

—Voy a salir al patio, os dejo con vuestro trabajo.

En el patio Isabel casi tropezó con una mujer medio agachada, con una bata de lana del pirineo, la mañana se presentaba fresca, Isabel vestía pantalón largo cazadora y un pañuelo alrededor del cuello. Se dirigió a la mujer del patio

—Buenos días, me llamo Isabel—.¿Qué estás buscando tan temprano?.

La mujer se reincorporó y con cara alegre—Le contestó—.iYo también me llamo Isabel!, mira... me gusta recoger cosas del suelo—.Acercándose a mi oído, " aquí se tiran muchas cosas a la basura y yo las guardo". Isabel girándose miró dentro del bolso; llevaba plumas de palomas..., gomas de pelo..., colillas..., papeles de caramelos... y chicles... .La mujer me miró fijamente a los ojos y sujetó con las dos manos su bolsa y comenzó a retroceder hacia la pared.

Isabel tenía intención de seguirla, en ese momento alguien salió al patio diciendo—. ¡Venga a desayunari.

Isabel entró a la sala, la gente estaba desayunando. En su mesa una nueva compañera, la mujer del bolso grande le dio los buenos días, ella se sentó en su silla y también saludo; le pusieron el café con leche y unas galletas, hoy no había tostadas, Isabel llamó a la gobernanta.

—La gobernanta;—.Con cara de pocos amigos— ¿ Qué quieres Isabel ?

—Desayuno tostadas todas las mañanas hoy me habéis puesto galletas—.Le respondió, señalando las galletas del plato

—Pues mira lo siento... , con un raspe que me dejo helada, hoy no ha llegado el camión del pedido; así que tendrás que comer galletas como los demás.

—Se dio la vuelta marchándose a la cocina al cabo de unos minutos se presentó de nuevo con un tono más amable(claro yo pagaba mi estancia)
—¿ Quieres mejor fruta o alguna otra cosa ?.

—vale, por favor, un kiwi—.contesté.

—Bien, doy aviso a la celadora que te lo traiga

Carmen la celadora le trajo la fruta, esta mujer había trabajado en el sanatorio toda su vida, estaba jubilada, al no tener familia, le habían acogido y ayudaba en todo, cocina, ropa, encargos, era una

persona agradable, se podía confiar en ella.

En la escalera al bajar del desayuno las mujeres estaban alborotadas, Isabel intento mezclarse entre ellas para enterarse de lo ocurrido, cerca de ella se encontraba la mujer que vio en la sala de lectura y le preguntó qué había ocurrido, por cierto la mujer se llamaba Montse.

—¿Que ha pasado Montse? Sabes algo.

—Me contó—.Que un taxista había traído a una mujer, había pedido un taxi, para ir al monte más alto decía que le esperaba un amigo allí en el monte, al llegar al monte el taxista sospecho algo raro en ella, en el monte no había nadie y a pesar de su oposición la obligó a subirse al taxi de nuevo y la trajo de vuelta al centro; ahora los médicos estaban intentando calmarla, poniéndole medicación.

—Con la confusión del momento, Isabel, se aprovechó y se escabullo a su habitación que aún la mantenían abierta las limpiadoras, se tumbó encima de la cama.

—Pensó en Montse parecía una mujer culta, sin embargo no sabía el motivo de su estancia, no te podías fiar de nadie ... visto lo visto...

Se asomó a la ventana, el sol brillaba, el airecillo de la mañana había amainado y tomó la decisión de dar un pase, andando llegó a las piscinas y se sentó tranquilamente en la terraza.

El único hombre que estaba en la terraza se marchó dejando en la mesa el periódico del día; Isabel se abalanzó sobre la mesa, cogió el periódico y pidió un mosto en el mostrador.

Volvería otro día le gustaba el ambiente ahora debía salir ya, para llegar a la comida. Distraída en si misma casi tropezó con un psicólogo del centro, él la reconoció hablaron unos minutos hasta llegar al centro, era un hombre joven y activo.

Ya en la siesta se durmió hasta que Mónica apareció a buscarla y acompañarla al tratamiento, al terminar la sesión se marchó sola puesto que Mónica hoy tenía más trabajo.

Salió al patio exterior, se sentó al lado de las máquinas de bebidas, lugar muy frecuentado por el personal, las máquinas de café estaban situadas en la entrada principal.

Cuando se dio cuenta que la llamaba la psicóloga, se llevó la botella de agua estaba fresca y hacía calor a pesar de la hora que era y

subieron las dos al despacho.

Esta vez le dio una buena noticia " el psiquiatra daba permiso a su marido para venir a visitarla el próximo fin de semana".

Se fue contenta a la habitación, esa noche ni siquiera leyó el libro, con el aire fresquito de la ventana y destapada, dejó que el sueño fluyera lentamente y envuelta en una cúpula imaginaria que le aislaba de todo mal... se durmió...tranquila...calmada...

CAPITULO SEPTIMO

Isabel se despertó pensando en su marido, pronto le visitaría en su retiro pactado. También ese mismo día le permitieron contactar con la familia; en primer lugar telefoneó a sus padres, su madre estaba tan emocionada que no pudo articular palabra, la relación con sus amigas era lejana en los últimos años se había centrado en las niñas el resto de los familiares no estaban informados de su situación, se sentía sola y abandonada en un mundo inmenso y lleno de contrariedades.

Su suegra recién operada de corazón y sus cuñados solteros alternaban el cuidado de la madre.

La depresión no es una enfermedad mental como tal; (todavía la gente la mantiene como tema tabú) y se da por muchos motivos stress, por no poder controlar sus reacciones normalmente de tristeza.

Las visitas las realizaban la familia más cercana los padres y en algún caso sobrinos o sobrinas que se apiadaban de su viejos(as) y locos(as) tíos(as).

En el patio exterior se podía palpar un gran desencanto entre los que allí permanecían encerrados y una gran necesidad de ser tenidos en cuenta, de ser queridos o recordados, de sentir algún resquicio de que su vida en algún momento se había desarrollado como cantidad de personas anónimas, que circulan por las calles.

Después del desayuno, la joven pareja , compañeros de Isabel, partían de viaje a Asturias, para conocer a los padres de la novia, el mes anterior ya habían conocido a los del novio, " su idilio" marchaba en serio, sus compañeros les despidieron con gran alboroto.

—Ya de vuelta a la normalidad, he visto por los pasillos centrales dos personas desconocidas para m, teníamos peluquera y barbero para los hombres. La peluquera pasaba cada quince días ! ahh i me venía muy bien !.El fin de semana me visitaba mi marido,

hablé con ella, y concertamos una hora para peinarme, hoy solo tenía que cortar el pelo a las abuelas pero para otra ocasión debía comunicarlo a las celadoras.

—Esa mañana no di mi paseo, me quede esperando mi turno para la peluquería, sentada en la sala. Leyendo tranquilamente un periódico retrasado, poco o nada me interesaban las noticias, de pronto... apareció como si se tratara de torbellino, la joven que en principio pensé estaba embarazada, hablando en alto... llamando la atención de las mujeres que se encontraban fuera en el patio interior.

—¡Chicas hoy, hay que hacerse la manicura!—.Gritó la joven

—Me quedé sorprendida, no la había visto nunca así. Fue llamando una por una a las mujeres de alrededor. Traía un pinta uñas de color rojo, la verdad algunas obedecimos si más, otras mujeres se acercaron aunque no quisieron entrar en el juego yo tenía mí pinta uñas en el neceser y fui a rescatarlo de las manos del celador , abrió mi taquilla y me lo entregó, su color rosa claro, era más fino que el rojo carmín que tenía Candela.

— Candela aparentaba ser muy joven, tendría cerca de los treinta años; en ese instante apareció Mónica por la sala y se unió al grupo pintando las uñas; aproveche en un descuido para preguntarle a Mónica " por Candela" y muy bajito con un gesto me dijo "es bipolar" tiene un gran problema la chica, ahora está muy animada, tiene grandes cambios de personalidad.

— Estábamos todas deslumbrantes, peluquería, manicura; cada vez se acercaban más mujeres, nos hacían gestos de que "estábamos locas ", valga la redundancia y daban vueltas alrededor de la mesa riéndose, sentí un poco de miedo y me apoyé en Mónica mí salvadora.

— La mujer, que se había escapado al monte también participó en la sesión de manicura; se marchaba después de comer; no es que estuviera de alta, tenía un seguro social y se le había terminado el tiempo de estancia.

— Esta mujer había llevado una vida un tanto complicada; se había largado con su amante, dejando hijos pequeños y al marido, al poco tiempo el amante la abandono y cayó en una depresión y fue ingresada en un sanatorio por los servicios sociales, cuando salió, se quedó en la calle arreglándose como pudo. Un día su marido por casualidad tropezó con ella, se compadeció, la recogió en su casa, al fin y al cabo era la madre de sus hijos.

—Su matrimonio ya no funcionaba , sus hijos ya mayores la evitaban, no le perdonaban el abandono. No vino nadie a buscarla, sin embargo

salió toda digna.

—Me hizo reflexionar sobre el tema; el día anterior quiso suicidarse, naturalmente sabía la vida que le esperaba; en cierto modo se lo había buscado ella, una historia con una solución difícil y triste.

—La manicura fue gratis, la peluquería no, tuve que pagarla, yo estaba allí ingresada sin ningún seguro que se hiciera cargo de mis gastos.

—El momento de la comida llegó enseguida, estábamos contentas y nos reímos durante la comida, la gobernanta tenía un carácter agrio y hoy había salido a hacer un recado, hablábamos de mesa a mesa y los celadores la cocinera y Carmen nos permitieron cambiar el postre pedir yogurt... en vez de fruta.

—Llegó la hora del suero, Mónica libraba y me acompañó otra auxiliar hasta la sala de tratamientos

—Fui al lavabo, me lave la cara y la puerta se abrió...

— ¡ Venga Isabel, que es para hoy i...—Me exigió la auxiliar.

—La seguí al segundo piso sin mediar palabra, las camas estaban ocupadas y me pusieron en una supletoria, me faltaba Mónica " me sentí...huérfana, abandonada..."

—La enfermera me colocó la vía para el suero, me quedé sola . Al terminar , me levanté, ya conocía el camino de vuelta a la sala.

—Me senté en los cómodos sillones, todavía tenía sueño, cuando empecé a cerrar los ojos apareció la compañera del electroshock sola.

—Hola Isabel ya nos han dado otro—,Me comentó, desanimada no... sé..., me encuentro igual, sigo sin recordar las cosas.

—¿Tu compañera no ha ido contigo? —.Pregunté

—Sí, sí, fue a la sesión, no estaba de acuerdo con los médicos y ha pedido el alta voluntaria.

—Yo seguiré un poco más a ver si noto algún cambio.

—Te veo un poco pálida—. Le dije mirándole a la cara.

—Será del cansancio, nos llamaron muy temprano; de todas maneras pensaba que el “electroshock” solo podía darse una vez—. Me hizo el comentario.

—Pues, no lo sé...—. Le contesté, no estoy enterada de cómo va.

—Llevo varios ya... .Perdona me está entrando sueño—. Me contestó medio dormida

—No te preocupes—, Añadí— yo venía a echarme precisamente una cabezadita.

Cuando estaba en lo mejor de la siestecilla, llegó su castigo “la psicóloga”.

Esta vez hablaron sobre su infancia, que recordaba, como habían sido sus padres; si habían sido exigentes con los estudios...su comportamiento con la familia, con los amigos.

A la vez que Isabel iba comentando momentos de su infancia, la psicóloga se mostró más cercana y comprensiva, incluso hubo un momento en que más que una sesión clínica entre psicóloga y paciente parecían dos amigas conversando de sus vivencias, Isabel le escuchó encantada dándose cuenta de la afinidad que existía entre las dos, pasaron la hora relajadas y la sesión no tuvo hora determinada para acabar se despidieron con un abrazo ,Isabel salió esta vez renovada de la sesión.

Bajó por las escaleras exteriores que le condujeron hasta los despachos médicos, observó el hall brillante, las paredes vestidas con cuadros abstractos de gran colorido y se acercó a las puertas donde se apreciaba el nombre de cada médico encontró el despacho de su médico y se atrevió a llamar a la puerta, sabía que estaba de guardia, pero no contestó nadie y no... insistió...

Llamó al timbre para entrar a la zona de los internos y se quedó en la sala general cuando fue a sentarse se dio cuenta que estaba la joven “que hablaba en inglés con los médicos”, tenía un libro entre las manos, se sentó a su lado.

—Hola —.Le dijo, con una sonrisa a la joven.

—Hola Isabel—.Correspondió a su saludo

—Todo el mundo conocía mi nombre, yo no sabía los suyos, me sentía envuelta entre una niebla espesa que se iba difuminando,

apareciendo las figuras de más compañeras de fatigas. “ Ellas me veían a mí, y yo no las veía a ellas”.

—Hola, ¿ cómo te llamas tú ?.Te he visto varias veces pero no se tu nombre.

—Me llamo Lucia —.Yo te vi en la clase de pintura—.Añadió

— Veo que estás leyendo un libro en inglés, debe ser difícil comprenderlo, debes conocer muy bien el idioma—. Isabel continuo la conversación.

—Si hace años viví en Londres una larga temporada, a este libro le tengo cariño.—Contestó cerrando el libro, me lo envió una compañera de Logroño que estuvo ingresada y se fue de alta, le tenía mucho cariño, me ayudo a pasar una mala etapa de mi vida, creo que no la olvidare nunca.

—Isabel gracias por ayudarme la otro noche en el teléfono, no tengo mucha estabilidad y me siento bastante limitada.

— ¿Tú por qué estás aquí?—.Me preguntó cambiando de tema.

Esta vez era yo la investigada y me pilló por sorpresa, tardé en contestarle. Ella me miró a los ojos un poco turbada.

—Perdona, mí atrevimiento, si no quieres... no me lo cuentes...

—No, no me importa, tengo una depresión que la he arrastrado durante tiempo, últimamente no podía más, llegue al fondo del pozo, me notaba extraña, agresiva, llorando sin motivo y la dificultad de entenderme con mis hijas adolescentes alteró mi comportamiento, por eso pedí a mi marido que me ingresara, por mi bien y el de mí familia.

—En el centro ingresan muchas chicas con depresión—.Continuó conversando Lucia, la vida que llevamos a veces es poco gratificante y nos frustramos, yo he superado la depresión ahora estoy ingresada por otros motivos, evidentes—.Afirmó, Lucia

— Si puede ser,—.Continué la conversación con Lucia; influyen muchos causas, que en principio no le damos importancia, cuando lo hacemos es demasiado tarde y necesitamos ayuda, ya sea de la familia, de psicólogos; una vez que has caído, cuesta retomar la vida.

La conversación se volvía interesante, era hora de la cena y la pospusimos

para otra ocasión

Después de la cena no coincidieron. A Lucía le había llamado su hermano por la tarde, prácticamente era él quien la cuidaba, venía los fines de semana a buscarla, la llevaba a su casa con sus hijos. Su madre era viuda, se había vuelto a casar y Lucía no le tenía simpatía a su nuevo padre, este sentimiento lo había sentido antes del accidente, hablaba con su madre por teléfono y se veían en casa de su hermano.

Ya en la habitación Isabel, se sentó en la silla, para reflexionar como había pasado el día. Se sentía animada y reconocía, que el tratamiento y el aislamiento del centro era positivo, escribió una carta a su hija de trece años adolescente pero nunca se la mandó, con sumo cuidado la guardó entre sus papeles.

Se acostó encima de la colcha, esta noche hacía calor, dejó la ventana abierta, como siempre, al final escuchando las conversaciones a través de su ventana se durmió hasta las seis de la mañana, ya no podía dormir más, su sensación de tranquilidad la llenó de pensamientos positivos, se tapó con su manta lila, había refrescado.

Capítulo 3

CAPITULO PRIMERO 2º parte

Después de tanto tiempo sin ver a su familia, por fin su marido se reuniría con ella.

Se despertó nerviosa, antes de su hora habitual, retomó su libro de "la toscana", cuando creyó oportuno se duchó y buscó en el armario el vestido que mejor le quedaba para recibir a su marido y preparó su bolso con lo necesario, deseaba reencontrarse con su marido aunque le acompañaba el temor, sobre su comportamiento al verlo.

Desayunó en el sanatorio era sábado y el comedor estaba casi vacío (los médicos daban permiso a los pacientes, si vivían dentro de la ciudad).

Después de tomar la medicación recogió su bolso y se dirigió a la puerta principal a esperar a su marido, estaba preparada y no quería volver al recinto interior.

Se entretuvo observando el recibidor, todo le parecía nuevo... distinto... de cuando llegó el primer día, varias mesas de cristal alineadas con cuatro sillas bajas, sobre las mesas estaban las revistas, de viajes, de naturaleza, algún periódico; el suelo limpio y brillante como un espejo y todo vigilado desde el mostrador por un celador, atendía el teléfono, vigilaba las entradas y salidas. Isabel ya le había presentado al celador el informe que le daba la oportunidad de salir el fin de semana.

—Me senté, ojeé las revistas y elegí una de viajes con fotografías a todo color, en la página final traía un crucigrama, rebusqué un bolígrafo en el bolso y me dispuse a completarlo, de improviso oí mi nombre y me sobresalté.

Una enfermera venía de prisa portando en la mano un dosificador de medicación y un folio con las instrucciones pertinentes.

—¡Isabel... Isabel! la medicación se te ha olvidado, debes tomarla tal y como te indico escrito aquí en este folio, no te olvides, no puedes abandonar el tratamiento..

—Si...si lo tomaré, aunque prefiero lo comentes con mi marido cuando

llegue, a veces me cuesta concentrarme y lo puedo olvidar.

—Claro—.Asintió la enfermera—. Cuando llegue tu marido, que avise al celador del mostrador.

—De acuerdo—.Gracias.

—Llegó la hora de la comida y mi marido no había llegado aún, el celador de vez en cuando me miraba se acercaba la hora de la comida me acompañó hasta el comedor; mientras comí me relajé, mis compañeras de mesa no estaban, la mujer del bolso grande se había ido a pasar el fin de semana a casa de su hija, ella estaba separada y no podía ir a la casa donde había vivido siempre con su marido y sus hijas, la casa era herencia familiar del marido y este no le permitía entrar en la casa; la otra compañera salía todos los fines de semana y su marido y su hijo ya había venido a buscarla. Otra mesa estaba ocupada por la que yo la llamaba "la modelo" y detrás un joven con el brazo izquierdo vendado y en cabestrillo, parece ser que la noche anterior se descontroló y rompió una ventana y se cortó en el brazo.

—.Bajé a tomar la medicación y volví al hall de la entrada, esta vez era mi marido quien se encontraba sentado leyendo una revista, al verme se levantó y nos dimos un largo abrazo y se me llenaron los ojos de lágrimas no se... si de alegría o de tristeza por la forzosa separación.

El marido de Isabel llegó nada más subir ella al comedor, en el mostrador el celador dio aviso al doctor.

El médico le explicó la buena evolución que llevaba su mujer, hizo el pago de una parte de la estancia en el sanatorio y se quedó a esperarla en el hall.

Cuando se encontraron, Julio se fijó en su cara, tenía buen aspecto pero mantenía su mirada, extrañamente triste, distraída y pensó hacerle pasar el fin de semana lo más agradable posible..

Agarrados de la mano y sin hablar pero con mucho que decirse se dirigieron a la salida.

—Yo estaba contenta y pensaba que estaba guapa para mi marido, me hacía ilusión estar a solas con él y sin las niñas. Después cuando pude ver las fotos, me di cuenta de mi expresión tan triste.

—¿Dónde quieres que vayamos? —.Me preguntó, cariñosamente.

— Cuando he salido a pasear descubrí un hotel aquí al lado y además leí que tenía spa (a mí me encantan los spas los masajes el olor de las

cremas es súper relajante).

Al centro de la ciudad, no me apetece ir—. Le conté mis descubrimientos por los alrededores más cercanos.

—Bien, ¡ pues vamosi tú me indicas la dirección

—Salimos hacia la izquierda del sanatorio y como a unos trescientos metros se encontraba situado el hotel, entramos al vestíbulo, me senté en una butaca y Julio se dio una vuelta para ver las condiciones del hotel, parece que le gustó y nos registrarnos, la habitación estaba muy iluminada con vistas al campo, en la última planta estaba el spa. El hall de la entrada estaba decorado de distintos ambientes e incluso una zona infantil.

Ya en la habitación dejaron las bolsas en el suelo y se abrazaron emocionados Isabel comenzó a llorar en silencio, le caían las lágrimas sin apenas esfuerzo, su marido la mantuvo abrazada durante un buen rato, cuando ésta pudo hablar, le comentó que solo deseaba dormir, era su hora de la siesta.

Julio su marido la complació, en realidad, él también necesitaba descansar, había madrugado , había conducido toda la mañana; la pareja se metió en la cama y abrazados cariñosamente se quedaron dormidos.

Se despertaron tarde, Isabel se encontraba descansada y decidieron salir a cenar, se vistió de blanco y se arregló lo mejor que pudo, bajaron a recepción y preguntaron donde podían ir a cenar cerca del hotel, el restaurante que les aconsejaron era muy original tenía forma de vagón de tren, cada mesa decorada con velas y olorcito a sándalo le daban un aspecto romántico, el menú entre otros productos de la zona ofrecía caracoles en salsa ¡¡¡ riquísimos!!!.

—De la carta elegí los caracoles, me trasladaron años atrás ,de niños nos invitaron unos vecinos a comer caracoles con tomate que ellos habían preparado, tenían dos hijos y nosotros cuatro de las mismas edades, nos lo pasamos todos en familia muy bien, jugamos al balón a escondites sin embargo en ese momento el recuerdo hizo entristecerme.

—Hice un gran esfuerzo por volver al momento real y miré a mi marido pensando, " hoy voy a disfrutar de mi salida y todos mis pensamientos quiero que sean positivos".

—A Julio no le hicieron mucha gracia "los caracoles", pero ayudado con un buen vino se los comió, yo los comí con agua tenía prohibido el

alcohol.

—Luego pasamos por un pub al aire libre con luces muy tenues de color violeta, todavía no tenía ambiente era demasiado pronto y además tampoco podíamos beber nada y volvimos al hotel, allí hablamos sobre nuestras hijas, les echaba de menos, sin embargo no estaba preparada para retomar la vida familiar.

—En el desayuno llegamos los últimos sin embargo los camareros nos prepararon una mesa y , al salir dimos un paseo el tiempo un poco fresco pero el sol de mediodía nos lo hizo agradable, mi marido tenía que irse pronto, las niñas estaban con la abuela, el viaje era largo y el lunes tenía que trabajar.

—La despedida fue triste pensando en él, para mí era volver a la protección y seguridad.

—Me acerco en el coche al sanatorio a la hora de la comida del domingo y se marchó, en realidad no había hecho ningún esfuerzo y me sentía cansada aproveche la siesta hoy no había suero! Ni psicóloga.

—Más tarde al salir al patio me reuní con compañeras algunas todavía con sus familias, Montse estaba con sus hermanas, le habían llevado a comer fuera. Poco a poco fueron apareciendo los demás en la cena nos encontramos todos.

Por la noche Isabel estuvo excitada... y muy nerviosa... dudaba si volvería a casa, la visita de su marido le había devuelto a la cruda realidad por un momento" no deseaba volver a casa" se asustó de sus propios pensamientos...

No comprendía lo que le ocurría, su vida se había desmoronado y la tenía que recomponer, más no sabía cómo hacerlo, y se preguntaba mil veces porque... porque... rompió a llorar, un llanto sin ruido silencioso lleno de amargura.

Pasado un rato se refrescó la cara con agua fría y aún con los ojos enrojecidos necesitaba un calmante y llamó al timbre.

CAPITULO SEGUNDO

Se despertó agradablemente el rayo del sol..., se colaba a través de la ventana, se desperezó y se estiró fuerte dando un gran suspiro.

Después de asearse y vestirse, pidió una toalla a las camareras, una de ellas le contestó diciéndole que los lunes no solían tener suficiente ropa, si llegaba de la lavandería más tarde, se la colocarían

encima de la cama, también les entregó la bolsa de la ropa sucia del fin de semana marcada con sus apellidos para que la enviaran a la lavandería.

La puerta de la habitación de la señora de edad del sanatorio, permanecía abierta, se le había presentado alguna complicación física y le atendía un médico de urgencias, su habitación estaba situada enfrente de la mía y pude ver que al marcharse el médico se quedaba con ella una auxiliar.

—En el desayuno mi sorpresa fue que se acercó Montse a mí mesa y me pidió que le acompañara al centro de la ciudad; su psicólogo le había propuesto tener una ocupación y le dio la idea de presentarse para ayudar a una ONG, era una mujer culta y por lo visto necesitaba realizar algún trabajo en el que se sintiera útil

—Por un lado, me alegré por la posibilidad de conocer la ciudad acompañada, yo no me había atrevido a ir sola, me sentía insegura, así que acepté sin pensármelo dos veces.

—Salimos andando hasta el centro de la ciudad “yo pensé que tomaríamos el autobús o un taxi,” no fue así Montse tenía la intención de ir andando.

— En principio caminamos charlando, me relató su historia: su marido y ella eran profesores y dirigían un colegio, ella había dado clases durante años, le gustaba la enseñanza y ahora por otros motivos trabajaba en la administración junto a su marido, se le hacía difícil trabajar codo con codo con él, era terriblemente ordenado y controlador Y ella pensaba “ que su marido no la valoraba”.

—Recorrimos la calle principal sin cambiar de acera, al llegar a un punto donde la calle daba un giro en cuesta, Montse sacó el plano que llevaba en la mano.

—Creo que la calle está por aquí —.Comento Montse, extendiendo el mapa

—Por qué no preguntamos a alguna persona.—.le sugerí, será más rápido.

—Preguntamos a una pareja y nos mandaron pasar al otro lado de la calle, nos dimos cuenta que el nombre de la calle no coincidía con el que marcaba el plano, así que, volvimos a preguntar y nos mandaron de nuevo cruzar la calle

—Con todo esto, pasaban las horas, pero no éramos conscientes ni

del tiempo que había pasado y ni qué hora era.

—Volvimos al plano, nos metimos entre estrechas callejuelas preguntando, aquí y allá, cuando alcance a ver un colegio con un gran reloj eran más de la una(nuestra hora de la comida) me preocupé.

—Montse debemos volver—Le insistí, nerviosa es la hora de la comida y no saben dónde estoy.

— Isabel yo tengo permiso de mi psicólogo, no pensé que tardaríamos tanto en encontrar la ONG —Se disculpó, perdona debería habértelo comentado antes de salir. —No te preocupes telefonaré al sanatorio para decirle donde estamos y que te encuentras conmigo.

—Yo estaba preocupada...y cansada... de tanto andar y de mal humor, Montse sacó el móvil y llamó a su psicólogo le contó nuestra aventura y que yo no había pedido permiso a nadie.

—El psicólogo se hizo cargo de la situación y dio parte al centro y que no nos preocupáramos pero que intentáramos volver lo antes posible.

—Me quedé un poco tranquila, seguimos buscando la calle y por fin "eureka" encontramos el centro, no podía dar un paso más ,entramos en la ONG ,me senté en una silla en la entrada y ella estuvo hablando con el responsable del centro. En limpio sacó que ya le llamarían si la necesitaban, salimos de aquellas callejuelas y parecía que Montse quería volver andando, me planté y le dije que no daba un paso más que teníamos buscar un taxi .

—En la calle principal encontramos una parada de taxi, me dirigí corriendo al taxi, ella me siguió sin decir una palabra; al llegar al sanatorio fui a pagar y ella se adelantó y me pidió disculpas.

—En el comedor la gobernanta estaba de muy mal humor, i dirigiéndose a mí me amonestó!, por no haber avisado, diciéndome que iban a dar aviso a la policía local, cuando el psicólogo de Montse se presentó en el comedor para explicar el error.

—Los celadores me miraban y se reían, me sentía mal como si hubiera hecho algo impropio de haberlo sabido hubiera pedido permiso. Montse volvió a dar la cara por mí, reacción que le agradecí. Pero para mis adentros pensé, una y no más.

—Me marché a la siesta y me negué a subir a sueroterapia y a la psicóloga, estaba disgustada, me dolían las piernas, y avergonzada

por el lio que había protagonizado.

—Me dormí y a media tarde vi la puerta que estaba entreabierta, fui a la máquina del café y saqué un café con leche y unas galletas me encontré mejor no obstante me quedé en el patio tumbada en la hamaca, con mis pensamientos un tanto revueltos.

CAPITULO TERCERO

—Al día siguiente fui paseando el club náutico, por supuesto yo sola, me encontré con un compañero de los más jóvenes, hablamos un momento, hoy era el primer día que empezaba natación recomendado por su psicólogo, le estuve mirando a través de los ventanales de la piscina nadaba muy rápido y cuando volvió se le notaba las respiraciones muy aceleradas, me vio a través del cristal y me saludó con la mano. Era un joven bastante guapo.

—Me acerqué a la barra del bar y pedí un mosto, hojeé el periódico, y paseando me fui acercando a mi "villa residencia" observando el camino por donde iba, había un colegio más adelante unas urgencias de ambulatorio, un edificio antiguo convertido en hospital se llegaba a la puerta principal bajando por un camino en una ladera rodeada de árboles centenarios que daban una gran sombra hasta hacerse un poco sombrío el lugar, algunos bancos aislados baje hasta la puerta principal nadie me impidió el paso y en el hall eche un vistazo por dentro estaba igual de anticuado, me dirigí a los servicios y volví a salir sin que nadie me preguntara a donde iba.

— En la comida, en la mesa estábamos las tres, la del bolso grande, la señora que ceceaba al hablar y yo; la mujer hablaba y hablaba y nosotras dos le contestábamos con monosílabos, no teníamos ganas de hablar con ella, era evidente, nos dieron la medicación y me acerqué a la sala tampoco vi a Montse ese día. Al atravesar el pasillo observé que la habitación de la señora anciana estaba abierta, con la cama sin vestir y me dio mala sensación. No la volví a ver nunca más

—Entrar en la sala y una mujer lloraba, otra mujer fumaba y echaba humo hasta por las orejas, me dio pena la mujer que lloraba y al acercarme me di cuenta, que era la primera mujer que vi sentada en el banco el día de mi llegada; al sentarme a su lado dejó de llorar y se limpio las lágrimas con las manos, le di un pañuelo y entre suspiros e hipeos me dijo que estaba descontenta con el psicólogo, que no le hacía caso. No supe que decirle, le acaricie el brazo, para que se tranquilizara y en silencio se levantó y se fue a su habitación.

Isabel también se marchó era la hora de la siesta, el encuentro le había dejado triste y no pudo reprimir las lágrimas, no pudo dormir la siesta, estuvo distraída en la sesión de psicología y agradeció que no se

alargara la sesión. Bajó al patio exterior, dio unos paseos alrededor se encontraba un poco tristonera y llamo a su madre por teléfono, mantenía guardado el móvil "no lo entregó la noche anterior", se situó en un lugar un poco apartado de las ventanas de las enfermeras y habló durante largo rato con "ella". Al entrar de nuevo Lucia rodeaba la mesa con pasos vacilantes, contando las vueltas que daba.

—¿Que estás haciendo Lucia?—.Le pregunte, caminado hacía ella.

—Todas las tardes practico caminando alrededor de la mesa y así compruebo como va mi estabilidad y si necesito me sujeto en ella para no caerme,—le hablaba sin perder el paso. Y añadió me gustaría salir al patio exterior pero necesito sujetarme a alguna persona para andar.

—Si quieres quedamos mañana y podemos jugar a cartas o pasear un poco—¿,Que te parece?.

—¿Harías eso por mí?—. Se paró Lucia mirando a Isabel.

—Claro no hay ningún problema, por la tarde prefiero quedarme en el patio, no me gusta salir y podemos estar un rato juntas—.añadió Isabel. Mañana después de la psicóloga quedamos aquí mismo vale.

—Después de la cena en la habitación pensé en la dos situaciones de mis compañeras "el psicólogo no le hacía caso ", mis ojos se llenaron de lágrimas, aunque no lo entendía muy bien; estaba muy sensible a las personas que allí se encontraban como si yo estuviera por encima del bien y del mal, y Lucia me llamaba la atención por varios motivos su juventud y por lo que yo consideraba su secreto ¿ cómo había llegado a esa situación ?, me froté los ojos, la luz había dado un bajón de potencia.

— De nuevo mi pensamiento se volcó en mi familia, ¿ cómo estarían viviendo mi situación?... mi marido, mis hijas, mis padres (a los que tanto quiero y debo). Mi cabeza ardía de preguntas a las que no les encontraba respuestas, lloré un poco y me desahugué, y me abandoné a mis sueños, prendida en mi manta.

Isabel, dormía relajada, posiblemente por la medicación que tomaba diariamente, reforzada por el suero , nunca preguntaba por la medicación, quizás por ser demasiado confiada,

Por otro lado su marido se mantenía discretamente a diario en contacto con el psiquiatra.

CAPITULO CUARTO

—Teníamos una primavera luminosa y los rayos del sol acariciaban mi ventana, cobijada entre mis mantas me sentía protegida, me hubiera gustado pasar la mañana en mi cama”; no pudo ser, la llamada en la puerta me sacó de mi confort, debía prepararme para enfrentarme al nuevo día.

—En el comedor, nos encontramos las tres compañeras, miré hacia la ventana del fondo y vi a la mujer que descubrí llorando la noche anterior; la mesa de al lado la ocupaba una mujer rubia, con otras dos compañeras que charlaban sin parar, detrás de mi mesa un hombre y las compañeras del electroshock, Carmen servía con garbo las mesas y me atreví a pedirle un segundo café con leche se tropezó al dejar el café en la mesa.

—Comentó, nerviosa, tengo los calcetines tan gordos... que no me entran en los zapatos, enseñándome sus zapatos marrones y unos calcetines gordos de lana.

—No te preocupes Carmen, no pasa nada tranquila —.Y añadí, el miércoles pasaré por el mercadillo... ¿si quieres te compro uno calcetines más finos?.

—Se quedó mirándome incrédula—. ¿Harías eso.. por mí...?, si claro tu hoy me has servido dos cafés ¿no?. Carmen se puso contenta y me paso la mano por la cara de agradecimiento.

La señora rubia de la mesa de al lado estaba pendiente de nuestra conversación y se acercó a mi mesa, diciéndome si podía ir ella conmigo al mercadillo, se llamaba Irene y que vivía en Andorra, tenía dos hijos y esperaba que el domingo próximo vendrían a verla.

— No tengo ningún problema que vengas pero hasta el miércoles no estará colocado el mercadillo—.Le contesté, terminado el desayuno me levanté, y bajé a la sala.

—Como de costumbre ocupe el sillón y dormité unos minutos, entró el celador para avisarnos que la puerta se abría y podíamos salir a la calle.

—Mi rumbo me llevó hacia el pueblo, paseé por la calle principal parándome en los escaparates de las tiendas, fijándome en las cafeterías, gravando en mi memoria los lugares por donde pasaba, encontré una cafetería con una terraza a sol y sombra y pedí un café con leche y un donuts, al ir al baño me lleve una revista del mostrador a la terraza, cuando consideré oportuno volví sobre mis pasos; al final de la calle en una parada de bus una mujer sentada en el banco de la parada me llamó la atención, me dijo que esperaba el autobús para subir al centro le pregunté qué nº era, entonces me di cuenta de haberla visto en el sanatorio, esperé el bus llevo en dos minutos, la mujer llevaba una

gabardina beis amplia de las que se llevaban hace años y unos zapatos grandes de agua, la cara regordeta me sonreía, ". Se bajó la primera del autobús y desapareció rápidamente de mi vista yo baje detrás de ella subí la cuesta, como era pronto para comer me dirigí al patio y me tumbé en la hamaca.

—En el patio andaba mi tocaya Isabel haciendo su trabajo diario, llenar su bolsa de objetos, entró una joven fuerte y un poco brutota, era la primera vez que la veía dirigió su mirada con saña a Isabel, que se dirigía a una pequeña fuente con un bote a regar algo que tenía plantado, la joven disparada le tiró el bolso al suelo, le insultó, yo miré a las ventanas de enfermería por sí alguien estaba controlando y al darme la vuelta la vi tirada todo lo larga que era en el suelo, y, toqué la ventana y avisé para que viniera alguna auxiliar o celador (no sé si la joven la tiró o se cayó sola al tirarle fuerte del bolso); apareció Mónica y levantó a la mujer, le comenté lo que acababa de suceder, la mujer ya de pie sacudió sus ropas y Mónica le dio de nuevo el bolso y la llevo para dentro y la dejó sentada.

—Mónica volvió se sentó en mi hamaca se interesó por mí y luego hablamos de lo ocurrido a "Isabel", me contó su historia personal; había sido profesora hoy ya jubilada, debía de haber sido una mujer inteligente y culta, al morir sus padres cayó en una especie de depresión, soltera y sin hijos, los vecinos se dieron cuenta de ello y avisaron al ayuntamiento y la asistente social le organizó los documentos para ingresarla y la mantenía allí ingresada, llevaba años y no recobraba la cordura. (era de las mujeres que comían en el comedor de abajo).

—Cambiando de tema le solicité información sobre lo que podía ver en su ciudad, le narré mi paseo de la mañana, Mónica me explicó por dónde ir a la parte vieja donde estaban las tiendas de ropa de moda, cafecitos y la catedral... Mónica tenía una hija no pregunté si estaba casada o soltera preferí callarme.

—Por la tarde después de mis tratamientos Lucia me esperaba para sacarla al patio.

—Hola Lucia, ¿salimos al patio?—.

—Sí... me gustaría, si tú me ayudas—. Contestó sonriente.

—De acuerdo. ¡ cuando tú quieras!—¿preparada...?, ¡¡¡andando!!!

Lucia cerró su libro, con movimientos lentos y pausados se colocó su mochila, me tomo del brazo, con su cojín floreado salimos.

—¡Lista Isabel cuando quieras!, despacito... despacito... repetía.

—Ya... despacito... despacito—.Repetí sus mismas palabras y ambas nos reímos.

—Al salir nos abrió la puerta el celador, me paré a rellenar mi botella de agua y nos dirigimos al templete donde teníamos las sillas y la mesa, paseábamos muy despacio coreando al unísono, despacito...despacito...le coloque su cojín en la silla más próxima a la mesa ,vació su mochila y me senté a su lado, me dio las gracias mil veces por haberla sacado al aire libre y respiraba profundamente contemplando todo el arbolado, casi le cambió el color de la cara.

—Isabel hoy no... voy a leer...—.Me dijo, así me encuentro bien contigo.

—Te apetece jugar a las cartas o charlamos un poco,i en castellano que yo no sé inglés!—.Le contesté hablándole en broma.

—Vale, podemos jugar a las cartas.

—Espérame aquí, iré a pedírselas al celador.

—Lucia se quedó bebiendo agua de su botella y me dirigí a la puerta principal el celador sacó de un cajón unas cartas, en ese momento se marchaba la psicóloga, me preguntó si estaba sola, le señale con la mano el templete, estaba con Lucia saludándome con la mano se subió en su coche yo me quedé con Lucia y jugamos un rato a los seises hablando y riéndonos, la verdad no recuerdo quien ganó.

—.En un descanso me atreví a preguntarle, qué le ocurría ¿Por qué estás ingresada?—.Le pregunté, un poco reticente

—.Se calló un momento...—. Tuve un accidente... bastante grave, no daban nada por mí..., me pilló un coche iy aquí estoy! lo he pasado muy mal físicamente con varias operaciones en la cabeza, estuve durante meses en la UVI, fui recuperándome con bastantes secuelas físicas y psíquicas, nunca podre volveré a mi vida de antes, se entristeció y sus ojos llorosos explicaron todo el dolor que sentía.

—Se recompuso y continuo hablando, mi movilidad muscular es escasa, el equilibrio se me hace difícil de mantener, tengo que salir apoyándome en alguien, hoy he disfrutado de tu compañía y aquí en el patio se respira el aire más fresco

—¡,No te preocupes lo repetiremos más veces!,—.Se lo dije sinceramente ,a mí también me viene bien tu compañía, solo con ver tu

fuerza de superación, me da ánimos a seguir adelante.

—Isabel... el sufrimiento no se puede medir, cada uno sufre cuando una situación le supera...

—Mira Lucía yo tengo dos hijas adolescentes y han superado mi capacidad emotiva, sin poder reaccionar, quizás arrastrara algunas decepciones y esta situación fue la gota que colmó el vaso; he sido siempre muy reservada, me gustaría parecerme a ti con toda la alegría que transmites y el conformismo con que llevas la situación en la que te encuentras.

—Ya tengo los cuarenta, ya no soy tan joven.

—No... ni yo...

—Nos echamos a reír las dos. Empezaban a oscurecerse y los paseantes se iban reuniendo en la entrada. El cielo cubierto de nubes deshilachadas rojizas anunciaban que mañana seguiría el buen tiempo..., de nuevo Lucia tomó su mochila y se abrazó al hombro de Isabel, anduvieron un poco para desentumecer primero sus piernas y se estiraron, con el cojín en la mano entraron en el sanatorio, cansadas y contentas. Isabel subió a cenar y Lucia se quedó esperando la cena en la sala.

CAPITULO QUINTO

—Después de cenar, me encaminé a la habitación, esperé que la enfermera me abriera la puerta, accedí a mi recinto sagrado y la puerta volvió a sellarse tras de mí bajo llave; me asomé a la ventana, estaba cerrada, unas gotas de lluvia salpicaron el cristal, sentada en la silla, revisé mis escritos y hojeándolos entre ellos apareció un revista de cotilleo, solo me fijé en las fotos y las letras grandes, "no leí ni una palabra", dejé caer mis codos sobre la mesa sujetándome la cabeza, pensando tristemente en Lucia; había refrescado.

Isabel se sentó en la cama poniéndose el camisón y la bata, no tenía sueño, se encontraba tranquila, la sueroterapia le hacía un efecto positivo.

Entre sueños recordó "la horrible pesadilla" que precedió a su entrada en el mundo de los inadaptados, deseaba otro sueño que le devolviera a la normalidad. No le había contado a nadie su pesadilla ni siquiera a sus psicóloga, le pertenecía solamente a ella.

Se despertó temprano, miró en el ropero si estaba la ropa limpia, no le apetecía ducharse y obligada "se lavó por provincias" (un dicho que le recordó a su madre), le vino una sonrisa a su cara recordándolo: cuando

le abrieron la puerta estaba preparada con la cama ya hecha y salió al pasillo y allí sentada la mujer del primer día en el banco, estaba llorando otra vez, se acercó muy despacio y con la mano en su hombro.

—Le preguntó—.¿Necesitas algo?, ¿puedo ayudarte?.

—La mujer levantó la cara humedecida por las lágrimas, le di un pañuelo; al mismo tiempo pasó como un vendaval Candela hasta la puerta del pasillo aporreando y chillando iii Quiero hablar con mi padree...!!! Y seguía dando golpes a la puerta; captó toda nuestra atención, el celador sucumbió a su llanto abriéndole la puerta y llorando seguía gritando.iiiQuiero hablar con mi padree...!!!. Escuchamos al celador diciéndole que no eran las horas de llamar por teléfono, no le gustó y se tiró al suelo pataleando, salieron del despacho enfermeras y celadores y la silenciaron en el despacho.

—Volvimos a nuestra conversación en el banco.

—Gracias, por el pañuelo—.Me contestó, la mujer limpiándose la cara.

¿Si quieres quedamos después del desayuno y damos una vuelta?—.Añadí. Después de verla tan desconsolada

—No me gusta salir del centro, me da miedo—. Contestó titubeando, lo pensaré...

—Era una mujer guapa, más joven que yo, su peinado era de una mujer anticuada, haciéndola parecer más mayor de lo que realmente era.

—En el desayuno conversamos la mujer del bolso grande y yo, me dijo que se iría unos días con su hija, la otra compañera zara bateaba y no paraba de hablar "que si su hijo esto ,su marido lo otro" no le prestamos atención , se calló y no volvió a hablar en todo el tiempo, saludé con la mano a las compañeras del electroshock ,solo me contestó la joven, la otra siempre estaba congestionado huraño, por cierto había vuelto a reingresar. En una mesa alejada se encontraba la mujer con la que hablé antes de subir a desayunar, cuando ya se iba me tocó por la espalda, se animaba a dar un paseo conmigo.

—Cuando bajábamos las escaleras se oía la voz de Candela, hablar con su padre " papa ven a buscarme, quiero irme a casa " insistía una y otra vez.

—¿Salimos fuera y dimos un paseo?—.inicié la conversación hablando del

tiempo.

—Ella me llevo a su problema—.No me atrevo a salir—.Me contestó tímida... dudosa...

—Se palpaba miedo en su mirada, no había salido ningún día desde que llevaba ingresada, y varias veces me la encontré llorando.

—Me llamo Isabel y estoy como tú ingresada, mi deseo es volver a mi vida normal con mi familia, y hago esfuerzos para salir, hablar con la gente aunque no me apetezca, tú también querrás retomar tu vida normal.

—Me escuchaba atenta y asentía con la cabeza y andando llegamos a la verja de salida y empezó a hablar, soy Guadalupe y quiero ponerme bien, creo que va ser difícil conseguirlo, mi marido y mi hijo son buenos conmigo. A unos quinientos metros hacía la ciudad y muy pegada a mi cuerpo, alcanzamos a ver una zona verde con grandes árboles y nos dirigimos hacia allí, bajamos una cuesta, a ambos lados unos bancos de madera, desde donde se divisaba un edificio, el mismo que yo descubrí días antes, las paredes grises y sucias entraban y salían mujeres inmigrantes con niños agarrados de la mano.

—Nos sentamos en el banco más cercano entre sol y sombra; yo me quedé callada prefería que fuera ella la que iniciara la conversación, me miraba y bajaba la mirada, se retorció las manos, me sentí un poco apurada, subimos la cuesta de nuevo y entramos en nuestro sanatorio. Ella desapareció por los pasillos y yo me quedé fuera, mi sorpresa fue que una persona se acercó corriendo hacia mí.

—Isabel—.¡Puedo irme de aquí!, el juez me ha dado permiso. Toda alborotada y contenta

—Me alegro—le contesté, reconociéndola, vas a tu casa con tus padres—.Añadí.

Era la joven drogadicta y llevaba una mochila deshilachada y casi rota,

¡No! —.Me contestó, no quiero nada con esos, me voy con mi gente a Barcelona y con gran alegría se despidió de mí.

—En la sala, Lucia realizaba sus ejercicios no le llamé para no desconcentrarla tenía que contar el número de vueltas, algo tan sencillo y para ella complicado, me senté en el sillón mirándola hacer sus ejercicios esperando la hora de la comida. Lucia terminó sus ejercicios y me propuso quedar a la tarde para salir al patio, me pareció una buena idea,

me encontraba agusto con ella.

—Cuando terminamos nuestros tratamientos nos encontramos en la sala, ella ya preparada con su mochila y su cojín en la mano, estábamos solas, las compañeras estarían de paseo junto con el monitor. Y las demás, no sé..., era una cosa extrañísima a veces parecía que la gente desaparecía no se... me supongo que tendrían sus tratamientos.

—Despacito... despacito... fuimos andando hasta el patio al mismo lugar donde nos sentamos el día anterior, jugamos tres partidas a cartas a los "seises" y seguimos charlando sobre nuestras limitaciones.

—Lucía me comentaba que echaba de menos la época que vivió y trabajó en Inglaterra, había dejado grandes amigos en la universidad y también proyectos que ella, ya no los terminaría, Recobró el ánimo enseguida, sacó un cuadernillo y se puso a dibujar, yo me levanté y estuve paseando por el patio, utilicé el móvil para llamar a mi madre y a mi marido, de momento mantenía el móvil escondido en mi bolso. Después ayude a Lucia a entrar.

Capítulo 4

CAPITULO SEXTO

Los días siguientes más animada, por las mañanas me evadía recorriendo la ciudad; transité protegida entre calles y localicé una escuela de modelos, edificio muy coqueto pintado en blanco, mientras permanecí a sus puertas asomaron un par de jovencitas se sentaron un momento en la barandilla con gestos extravagantes, continué mi andadura, pase al lado de un instituto, un supermercado y me llamó la atención una librería, me decidí a entrar me gustó el olor a papel a madera, revisé una estantería móvil leyendo sus títulos, cómodamente reposaba un libro cuyo título acaparó toda mi atención" La isla de las mariposas" lo hojeé la autora corina bonnan desconocida para mí hasta ese momento, la joven dependienta a la vez que me lo envolvía me comentó que era precioso y muy romántico la autora tenía un segundo libro, pensé que me valía con el que acababa de compra, tome el camino de vuelta hasta la parada del bus no podía llegar tarde a la hora de comer.

De tarde me esperaban mi sesión de sueroterapia y de psicología.

Lucía me esperaba en la sala cuando me vio se agarró de mi brazo y despacito...despacito salimos al patio, no estuvimos solas se unieron un joven y la señora rubia que quería ir conmigo al mercadillo, jugamos a las cartas, se levantó un aire fresquito y Lucía me pidió que le acompañara adentro.

En la sala se encontraba Guadalupe dormitando, Isabel mi tocaya sentada junto a las ancianas viendo televisión, me senté cerca de la puerta me quedé adormilada, me despertaron con el alboroto de los paseantes; enseguida nos llamarían para la cena, subimos al comedor en las escaleras me encontré con Montse, ni siquiera la saludé, i mantenía mi enfado por utilizarme!.

La noche invitaba a descansar y a dormir, Isabel discurrió por el pasillo a su habitación.

Al día siguiente después de desayunar en cuanto abrieron la puerta salió a la calle, cada vez se encontraba más segura y como la indicara Mónica descubrió la parte vieja, calles grises con tiendas pequeñas y un par de tiendas nuevas como Kiko de utensilios de belleza, al lado una tienda de ropa " Desigual "con mucho colorido en el escaparate, donde entré y me compré una camiseta, al lado estaba lo que se suponía era la catedral, muy sencilla por fuera, no tenía un estilo muy definido, el interior súper oscuro con un par de vidrieras pequeñas, me acerqué al altar mayor donde una vela se retorció dando un poco de luz. Me senté en el primer

banco; en la oscuridad me emocioné, protegida de miradas, mis lágrimas fueron empapando mi pañuelo, la mente me inundo de imágenes dolorosas entre ellas "me pesaba mi intento de suicidio" por suerte frustrado llore por toda mi familia, juré allí en la catedral que nunca lo intentaría; un ruido me devolvió a la realidad, si cerraban las puertas me quedaría atrapada en el interior.

Al salir a la luz me cegaba y tapé mis ojos con la mano, pasado unos segundos, intenté volver sobre mis pasos, las primeras calles a la izda estaban tapiadas a la cuarta se abrió ante mí una carretera con salida a un paseo paralelo a un río, me sentí liberada, sobresalían algunas terrazas de bares, no encontré paradas de autobús y tampoco sabía dónde me encontraba, hasta que pasó una pareja arrastrando unas troleys, me acerque a ellos iban en dirección al tren, los seguí. ¡Por fin la estación! se me abrió el cielo tomé un taxi y le indiqué la dirección, el taxista se quedó mirándome, quizás por mi aspecto—pensé—.o quizás por la dirección que le di, no lo sé...Miré por el retrovisor y la imagen que me devolvía era de asustar, el rimmel manchando mi cara y mi gesto de perdida.

Al llegar al centro pasaban unos minutos de la comida cada uno ya estaba en la mesa, dejé el bolso en la silla y me refugié en el baño, me lavé la cara y de nuevo volví a la mesa.

La tarde la pasé en el patio interior me hice la despistada con Lucia me apetecía estar sola, me llamaron para el tratamiento y seguido fui al despacho de la psicóloga hoy deseaba contarle mi avatar de la mañana--
5º ENTREGA----- .Nada más entrar las lágrimas resbalaron por mi cara, no me hizo ninguna pregunta espero a que me repusiera y empezara a hablar; le hable del dolor moral que había sentido, mi sensación de perdida y el depresivo estado en que me encontraba, me escuchó en silencio y solo dijo dos palabras" busca tu luz" tu la tienes al lado.

Terminamos tarde la sesión, los momentos de silencio quizás fueron más grandes por eso no tuve noción del tiempo que llevábamos en el despacho, a veces es mejor no hablar y mantener la comunicación del silencio, de la comprensión. Al marcharse la psicóloga me acompañó sin embargo me dí la vuelta sobre mis pasos y me senté en la escalera allí no pasaría nadie las consultas habían acabado, miré el reloj y me dirigí al segundo piso para cenar, me senté en mi silla nadie me dirigió la palabra posiblemente comprendieran mi gesto de desasosiego. Me dieron la medicación y pedí que me abrieran mi habitación ni siquiera pasé por la sala.

Me di una ducha caliente para relajarme y me puse a leer unas revistas del corazón que cogí de la entrada de visitas, no quería pensar nada, empezaba a sentirme mejor quizás el suero me estaba haciendo efecto, cansada bostecé abriendo la boca atope me arrojé y con un movimiento

rítmico de mi cuerpo fui poco apoco durmiéndome y entrando en un nuevo mundo de luz.

CAPITULO SEPTIMO

En el desayuno me abordó Guadalupe, quería salir a comprar alguna cosa de aseo y quería ir conmigo.

Salimos del patio dirigiéndonos a la ciudad yo había visto algunos supermercados, bajando la cuesta. Bruscamente me sujetó de la mano y me dijo—Isabel, no puedo más... quiero contarte porque estoy aquí—

Le tranquilicé y nos sentamos en un banco del camino oculto entre unos árboles y nos sentamos comenzó a contarme la historia, la vi ansiosa y muy alterada.

Mira yo soy de una venta de una aldea gallega mi madre falleció al poco de nacer yo, tengo dos hermanas mayores, mi abuela cuidó de mi mientras fuí pequeña más tarde descubrí " lo que ocurría en mi casa".

Mi abuelo y mi padre eran rudos, altaneros y poco sociables, yo les quería, sin saber que mis hermanas me estuvieron protegiendo de ellos, en la aldea no eran muy bien vistos y apenas me dejaban salir a jugar solo cuando iba algún mandado.

Cuando cumplí once años mi padre una noche entró en la alcoba donde dormía y se metió conmigo en la cama, me pareció extraño su comportamiento sin imaginarme por lo más remoto cual era su finalidad yo me hice la dormida y empecé a sentir sus toscas manos acariciando mi cuerpo llegando a zonas muy intimas, sentía sus manos sobandome, era una niña estaba asustada y apenas me moví. Al cabo de un rato se marchó y yo me quedé acurrucada envuelta entre las sabanas asustada. No alcanzaba a comprender lo que acababa de suceder, las lágrimas empezaron a caer por mi cara sin hacer ruido, para no ser oída por mis hermanas.

Por la mañana no encontré a mi padre en casa, había salido al campo, mi abuelo estaba arreglando unos zuecos de madera y mi abuela sentada al fuego, empecé a desayunar un trozo de pan y leche y me fijé en mi abuelo su mirada era igual que la de mi padre y me asusté.

Mis hermanas también estaban en el campo, llovía bastante y quería ir a buscarlas y contarles lo sucedido, pero no me sentía con fuerzas y pensé que seguramente no me creerían no ayudé a la abuela a hacer las tareas de la casa, me quedé callada todo el día, mi abuela no me preguntó nada, me sentí invisible y no me atreví a contárselo a ella.

Llegaron tarde, trabajan en un Pazo para los señores y cuando había mucho trabajo comían allí.

La cena estaba preparada y cenaron sin apenas hablar como hacían casi siempre, la abuela y yo cenamos antes, no me atrevía a mirar a mi padre por miedo o no se por algo que no comprendía, esa noche no podía dormir y estuve despierta hasta tarde no tenía reloj y no siempre se oían las campanas de la aldea cercana, oí un leve ruido moviéndose la puerta, me tapé la cabeza para no mirar alguien se metió en mi cama.

Guadalupe se echó a llorar temblando y me volvió a sujetarme fuertemente la mano, me sobaron el cuerpo como la noche anterior esta vez iba a más me hacía la dormida me bajaron el pantalón del pijama y no abrí los ojos y sentí un gran dolor sin dar siquiera un grito, me quedé como el mármol dura y encogida se cerró la puerta y al trasluz pude adivinar que no era mi padre, era mi abuelo.

Isabel experimentó un sentimiento de horror y asco y mirando aquella cara hinchada por el llanto, la abrazó fuertemente y la dejó llorar libremente, hasta que después de un buen rato se calmó

El acto de ir de compras pensó Isabel que había sido simplemente una excusa para encontrar el modo de contarle su dolor tan profundo, calladas se quedaron abrazadas.

Isabel incorporó a Guadalupe y bajaron la cuesta al centro hospitalario que Isabel había descubierto días antes, entraron sin llamarla atención y fueron a los baños de nuevo un mar de lágrimas inundó la cara de Guadalupe. Isabel recuperada del impacto habló con ella lentamente calmándola, le lavó la cara con agua fría y le secó con el papel de manos después ella también refrescó su cara tomó de nuevo de la mano a Guadalupe y salieron como habían entrado, dieron un paseo hasta el patio del centro de reposo y Guadalupe salió corriendo al interior del recinto, no apareció a la hora de la comida.

Al día siguiente tampoco la vi, me sentía inquieta, no pregunté, Montse libraba, no salí al paseo me quedé leyendo, a mi lado se encontraba Montse nos miramos, yo seguía enfadada y no le dirigí la palabra, ella hizo un amago de decirme algo, pero al verme distante volvió a su libro.

Por la tarde no me apetecía salir y me quedé en la hamaca tirada, no sabía que pensar, vinieron a buscarme para mi tratamiento y estuve un momento con la psicóloga, me dijo que tenía un compromiso, en realidad quería contarle lo ocurrido con Guadalupe, no pudo ser y se colocó la chaqueta y una carpeta de mano y me acompañó a la sala, me limité a dormir sin enterarme prácticamente de nada hasta la hora de la cena, me encontraba hambrienta, cené con ganas y antes de bajar pedí

una fruta.

Bajé directamente al consultorio y pedí al enfermero que abriera mi puerta deseaba irme a mi habitación, cerré la ventana entraba fresco.

CAPITULO OCTAVO

Sentía mi habitación como un refugio natural y lejano sin contacto con el mundo, donde las miserias del mundo no me tocaban, me preguntaba si mi vida se realizara en este pequeño recinto, a lo mejor no necesitaba más.

Habia sido buena hija, buena estudiante, quizás demasiado responsable, nunca contacte del todo con mis amistades o tenía demasiado alto el listón de lo que esperaba de ellas, mi fin estudiar y darme una posibilidad de mejorar mi vida, me gustaba las novedades, aprender, nunca eche en falta un hijo o una hija y la pareja era reticente a ellas o es que en realidad, no me había enamorado, mis amores eran platonicos.

Segun vas creciendo te van pasando cosas que cambian tu percepción del mundo, trabajaba en una empresa como secretaria personal, me llevaba bien con mis compañeras, una tarede me quedé a terminar un trabajo y recibí una llamada de mi hermana, enseguida me dí cuenta que sucedía algo raro, no sabía como expresar el motivo de su llamada, a traves del telefono la oí llorar me puse tensa y me soltó una frase que no olvidaré en mi vida "isabel Antonio ha tenido un accidente" se hizo un silencio entre las ods y continuó "ha muerto".

En ese momento empezó para mi el descubrimiento del dolor mas profundo y desde entonces ya no fuí la misma. Antonio era el marido de mi prima, practicamente nos criamos juntos y manteniamos una relación estrecha, mi prima estaba de vacaciones y él iba a reunirse con ella y sus dos hijos.

Acudí a casa y por telefono dimos la macabra noticia, mi prima cayo en una desesperación, la familia se volcó en ellos y yo me mantuve fuerte hasta que pasó un tiempo, en el que visité a mi medico de cabecera y me puso un tratamiento antidepresivo. Me sentía sin fuerzas sin embargo continué trabajando, a los dos años con motivo de la destrucción del muro de berlin en la primavera, hicimos un viaje a Berlin, que también quedaria marcado en nuestra memoria para siempre.

—Todos estos recuerdos salieron a la luz provocados por la confesion tan dolorosa de Guadalupe, se arremolinaban tantos recuerdos que debía pensar en ellos hasta descubrir el verdadero motivo de mi reclusión en el sanatorio—

Mi siguiente revés de la vida llegó a los cuatro años cuando, mi hermano Javier nos llamo a casa desde Madrid donde trabajaba, le habían descubierto un tumor cerebral y le operaban ya en una semana. Acudimos a Madrid y yo fui la que mantuvo contacto con el neurocirujano para comunicarme, que era grave un tumor que llamaban "estrellado" y con escasa garantía de supervivencia a lo sumo seis meses de vida; el bofetón fue en la cara era la portadora de un mensaje de muerte, intenté mantenerlo en secreto, para que mis padres no sufrieran, todavía tomaba los antidepresivos aunque había empezado a dejarlos, de nuevo retomé el tratamiento por mi cuenta.

No dormía por las noches, estaba irascible la operación salió bien y yo veía la alegría en sus caras, sin embargo yo conocía el fondo que se escondía tras de mí, me ví obligada a contárselo a mi padre, tuvo una reacción mejor que la que yo me esperaba y pactamos no comentarlo con nadie, al final ocurrió lo que estaba previsto, produciéndose una gran catástrofe en mi familia, esta vez fui al psiquiatra y me concedieron seis meses de baja.

Mi vida ya no era normal, mi hermano solo tenía 32 años, mi familia estaba abrumada y yo era incapaz de dar un sentido a mi vida.

La noche se estaba convirtiendo en la casa de los terrores, miles de lágrimas brotaron de mis ojos, mi alivio era envolverme en la calidez de mi manta lila y opté por llamar a la enfermera de noche, mi cuerpo pedía gritos un poco de paz serenidad y poder evadirme durmiendo, todo era bastante duro y solo eran recuerdos que intentaba deshacerme de ellos. Pero siempre quedan para toda la vida solo se atenuan, se aceptan no queda otro remedio.

La enfermera se quedó conmigo durante buen rato, me dió una medicación que fue a buscar a la enfermería y fui abandonando la noche inmersa en un sueño profundo.

A la mañana me respetaron y me dejaron dormir, Carmen me esperaba con el desayuno y no salía a la calle me quedé en la hamaca contando las palomas que se refugiaban en el viejo pino.

Capítulo 5